

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

Fernán Caballero, la novelista novelable, se llama el tomo 16 de la notable serie *Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX*.

Lo ha escrito: Angélica Palma, hija del famoso Ricardo Palma. Lo ha editado: Espasa-Calpe, Madrid, 1931.

La autora nos ha honrado con el envío directo de esta obra que vamos a leer con gusto.

Dos nuevos títulos de la Editorial CENIT, Madrid:

Henri Barbusse: *Rusia*. Traducción de Angel Pastor.

De la serie "Crítica social".

Vladimiro Bonch-Bruévich: *En los puestos de combate de la Revolución*. Traducción directa del ruso por A. Straesner.

De la serie "Crítica social". La primera semblanza viva de Lenin y de su obra.

Cortesía de los autores:

Sarah Bollo: *Los nocturnos del fuego*. "Palacio del Libro", Montevideo, 1931.

Con la autora: 18 de Julio 1375. Montevideo, Uruguay.

J. M. Velasco Ibarra: *Cuestiones Americanas*. Rodó. Vasconcelos. Bolívar. Un Centenario. Quito, 1931.

Aurelio Velázquez: *Atalayas del Sureste*. Poemas sociales. Mérida, Yucatán, 1931.

Fernando González Alberty: *Grito*. Poemario de vanguardia atalayista. San Juan de Puerto Rico.

Arturo Torres Rioseco: *Rubén Darío y la crítica*.

Reprint from *Hispania*. Vol XIV. Number 2.

Editado por la Secretaría de Relaciones de México y distribuido por la Extensión Universitaria de la Universidad Nacional Autónoma, México, D. F., 1929, nos llega este folleto:

Fray Bernardino de Sahagún: *La Conquista*. En la serie CUADERNOS POPULARES, Serie III. Nums. 1 y 2.

Con esta sugestiva Advertencia:

La relación que se publica, recibida de viva voz de los conquistados por un hombre piadoso y verídico, enseña que la tiranía de Moctezuma que "hizo muchas muertes injustas, destruyó a muchos e hizo muchos agravios y engaños burlas", engendró el odio entre los pueblos indígenas dividiéndolos frente al Conquistador quien auxiliado principalmente por los indios de Zempoala y de Tlaxcala, pudo realizar una obra que no hubiera llevado a cabo atendido a sus propias fuerzas.

Enseña igualmente esta relación que los idólatras indígenas, al tener noticia de la llegada del Conquistador, "pensaron que era el Dios Quetzalcoatl que volvía, lo regalaron con piedras preciosas, bandejas de oro, adornándolo con todos los ornamentos y atavíos sacerdotales", y besaron las proas de las naos en señal de adoración, y los mensajeros, cuando oyeron los truenos de las bombardas, cayeron al suelo como muertos.

Resalta como un ejemplo el patriótico heroísmo de Cuauhtemotzín que por tierra y por agua defendió su patria, teniendo confianza en su raza.

Hagámonos fuertes levantando nuestra cultura y librándola de toda idolatría o fanatismo; no consintamos jamás en mantener tiranía alguna y conservemos siempre nuestra unión frente a cualquier conquistador, que integra nuestra nacionalidad podrá resistir y triunfar de invasores por poderosos que parezcan.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones posteriores.

los pies desnudos, fuertes y sarmentosos, los brazos muy largos.

¿Cómo llegó a las fincas de bananos de las vegas del Reventazón y del Parismina? La vida la trajo rodando desde el Guanacaste. Creo que en Santa Cruz, el juez que más tarde llegó a ser un honorable magistrado de la Corte de Justicia, le hizo un chiquillo cuando ella apenas entraba en la adolescencia. Por supuesto que después el estimable caballero ni se acordaba de la insignificante aventura. Ella dejó al hijo en la primera casa propicia y comenzó a rodar. Luego otro, ella ni recordaba bien el nombre, la dejó embarazada y siguió rodando, rodando... Nació una niña. Era como esos pedazos de palo que van en la corriente de los ríos. La vida la depositó con todo y chiquilla en una finca de bananos de la región del Atlántico. Y así siguió de finca en finca, hoy con uno, mañana con otro, si hasta con un chino dueño de un comisariato tuvo que ver la pobre, y la chiquilla siempre pegada de ella como un hongo de una rama desgajada.

En una ocasión se metió a vivir con un hondureño y se fue con él a una finca en donde sólo admitían hombres solos. Todos los peones del campamento eran nicaragüenses. La muchacha era la única mujer que allí había. Una noche se convinieron los nicaragüenses y asaltaron la casa del hondureño, para quitarle la mujer. Lo apuñalearon e hicieron lo que gana les dió con ella. No se sabe cómo no salieron de la chiquita que entonces tendría unos tres años. En la finca en donde la conocí de cocinera era fiel al hijo del dueño como un perro. El mozo era bello y amable y por él se habría dejado ella matar. Venía el muchacho cada mes a la hacienda a inspeccionar el estado de los cultivos y a la muchacha estas visitas la hacían tan dichosa como a una santa las de un ángel que bajara de los cielos. Por él aguantaba que el administrador de la finca en sus borracheras la pateara lo mismo que a su hija y a su perrillo; y por él, no permitía que se perdiera un cinco en el comisariato, ni que se extraviara un huevo, ni se llevaran un palo de leña. Entretanto en la ciudad, las ganancias de la finca servían para que el padre y el hijo fueran socios del Club Unión, para que la señora que tenía juanetes y callos no se bajara del automóvil y para que la hija se vistiera muy chic y fuera cada año a Europa y a los Estados Unidos y trajera unos vestidos y una ropa interior que dejaban envidia en el corazón de sus mejores amigas.

Varios años sirvió allí, pero cuando se puso muy mal del paludismo, nadie hizo nada por ella. Tuvo que coger a su hija y sus *chiquitas* y venirse para el Hospital de San Juan de Dios. Quién sabe cómo haría con la muchachita... por que no creo que en el caritativo establecimiento la admitieran con todo y criatura. Y el buen mozo hijo del dueño de la finca ni siquiera se acordó en la ciudad de la pobre sirvienta

Bananos y hombres

Pongo primero *bananos* que *hombres* porque en las fincas de banano, la fruta ocupa el primer lugar, o más bien el único. En realidad el *hombre* es una entidad que en esas regiones tiene un valor mínimo y no está en el segundo puesto, sino que va en la punta de la cola de los valores que allí se cuentan

Estefanía

— Envío de la autora —

En la playa interminable y desierta que va desde la Barra del Tortuguero a la del Colorado, encontramos la cruz de madera tosca, pintada de negro en alguna ocasión, ya desteñida casi toda. A lo largo de los brazos, un nombre, y tal vez la primera letra del apellido dentro de poco completamente ilegible. Estefanía R... Quizá Rojas, quizá Ramírez o Ramos.

Muchas millas se habían recorrido sin encontrar nada que rompiera la monotonía del paisaje: mar y cielo a la derecha; la arena de la playa al frente y a la izquierda la vegetación de icacos, almendros y cocoteros. Caía la tarde dentro de aquella soledad inmensa. De pronto, la cruz negruzca enclavada en la arena, los brazos tendidos

frente a la inmensidad azul. El mar la había llevado hasta allí.

Estefanía R...

Cómo habría sido la mujer que llevó este nombre?

Y una fila de siluetas femeninas como las que uno encuentra por esas playas o en las fincas de banano, comenzó a desfilar por la imaginación: figuras pálidas, marchitas, tostadas por el sol, las fiebres y la sensualidad del hombre, amorales e inocentes como los animales. Hay una que se destaca sobre el friso doliente. ¿Se llamaría Estefanía? El nombre se ha borrado de la memoria. Un triángulo oscuro el rostro entre el alboroto del cabello negro; la esclerótica y los dientes muy blancos,

enferma. En cuanto a la señora de los jua-netes y su distinguida hija ignoraban hasta la existencia de aquella mujer que se des-velaba por que en la finca no se les perdiera ni un huevo, ni un cinco; desvelos que con-tribuían humildemente a pagar el automó-vil, los viajes al extranjero y la fina ropa interior de la señorita.

La vi la última vez a su regreso del hos-pital, en uno de los trenes de los ramales que salen de Siquirres, en un carro lleno de negros que reían a carcajadas, de negras vestidas de colorines que chillaban como loras, de nicaragüenses de voz suave y de chinos. Siempre la niña pegada de ella, marchita ya como una persona vieja, y tan seria, que uno se preguntaba si la risa nun-ca habría jugado sobre sus labios. Daba congoja ver esta chiquilla cuyos ojos eran duros como guijarros y con una boca seca que hacían pensar en la tierra en donde nunca ha llovido. La madre venía vestida de celeste y la hija de amarillo, unas telas brillantes. ¿Por qué se habrían puestos estos trajes vistosos? Entre ellos la tristeza de su vida adquiría una doliente ridiculidad.

¿Quién hubiera dicho que esa mujer ape-nas si habría cumplido los veinticinco años? Estaba tan flaca que parecía se es-taba chupando los carrillos; en la piel de un negro verdoso, la esclerótica brillaba con un amarillento siniestro y en los pó-mulos, en las clavículas y en los codos, ya los huesos rompían el pellejo. Al hablar hacía una mueca que dejaba al descubierto las encías descoloridas de las cuales la de-bilidad había ido arrancando aquellos sus dientes tan blancos y tan bonito, con la misma indiferencia con que una mano des-hoja una margarita.

Al llegar al término descendió penosa-mente apoyada en su hija y se confundió entre el grupo de gente que esperaba la

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

llegada del tren. De allí se fue a buscar acomodo con otros pasajeros en unos de los carros-plataformas tirados por mulas que corren sobre la red de líneas que surcan las fincas, y sirven para el transporte de la fruta. ¿A qué lugar se dirigía? Se sen-tó con su hijita entre un montón de sacos y cajones. Se veía que tenía dificultad para respirar. No es extraño que estuviera tuberculosa.

El mulero hizo restallar el látigo y la mula comenzó a trotar arrastrando tras sí el vehículo sobre los rieles. En el fondo del callejón por donde corría el tranvía tem-blaba la mancha viva formada por los tra-jes de la madre y de la hija, que se interna-ban de nuevo entre los bananales.

¿De qué humilde cementerio de estos ca-serios de la Línea, la avenida de un río o las olas del mar arrancaron la humilde cruz?

Estefanía R. . . .

Una de las tantas mujeres que han pasa-do por las fincas de banano.

Tras de nosotros quedó la cruz sembrada en la arena, los brazos abiertos hacia la in-mensidad del mar sobre el cual comenzaba a caer el crepúsculo.

Carmen Lyra

Costa Rica. Mayo de 1931

Dos dedicatorias y una lección de Historia

En el que se ve que el Espíritu Santo es comunista

— De Crisol, Madrid —

I

Andan por ahí unos sujetos tratando de espantar a la gente con el fantasma del comunismo. "Es cosa del diablo—dicen—; viene de Moscú y se va a quedar con los bienes de cuantos tengan que perder". Conviene que sepas, lector, que los tales sujetos te engañan con ruines propósitos, y que el comunismo no es diabólico, sino buen cris-tiano, ni viene de Moscú, ni es novedad en España, ni es probable que te quite nada, pues, según van tus asuntos bajo este ré-gimen monárquico personal, o sea absolu-tista, cuando el coco soviético llegue no tendrás ni camisa.

Pero antes de entrar en materia fijemos el valor de las palabras.

Soviet quiere decir concejo en castellano, voz que en francés se traduce por *commune*.

De ésta sacaron los revolucionarios rusos la suya, proponiéndose adoptar y continuar las doctrinas de la revolución francesa de 1871, vencida por la burguesía militarista de Thiers y Mac-Mahon; como la de 1848 lo fue por la de Napoleón III, y la de 1793 por Napoleón I.

El concejo castellano es la continuación del primitivo concejo ibero (aun íntegramente existente en Berbería con el nombre de *anfálix*), con su constitución comunista, en muchas cosas semejante al *mir* ruso. Los cabezas de familia administraban el bien común. De aquí la voz comunidad, comu-nidades, que suena a través de toda la His-toria de España, y con singular estrépito en la lucha de las ciudades castellanas, reu-nidas en "Santa Junta" contra la tiranía

de Carlos I, rey intruso, gran protector de hombres nulos y extranjeros, corruptor y destructor de políticos y administradores españoles, ensalzado por la leyenda, vitu-perado por la historia.

Así, pues, comunismo y comunidad son voces que expresan hechos sociales y polí-ticos antiquísimos en España; anteriores a la iglesia cristiana y a la misma conquista romana, aunque antes con nombre diverso.

Y no vale decir que su significado es diferente del que hoy tiene, porque no hay tal diferencia, según otro día veremos.

El cristianismo nació comunista: con un comunismo más radical que el de Lenin. Escuchémosle:

34.—Y no había entre ellos ningún ne-cesitado. Porque todos cuantos eran propie-tarios de campos, o de casas, las vendían y traían el precio de lo vendido.

35.—Y lo ponían a los pies de los após-toles. Repartíanlo, pues, ellos en particular según la necesidad que cada cual tenía.

36.—José, a quien los apóstoles habían puesto el nombre de Bernabé (que quiere decir hijo del Consuelo), levita, natural de Chipre.

37.—Como tuviese un campo lo vendió y llevó el precio y lo puso a los pies de los apóstoles".

Así acaba el Capítulo IV de los Actos de los Apóstoles.

Por él vemos que los doce formaban un verdadero soviet y que eran los comisarios del pueblo.

Pero en el capítulo siguiente vemos más. Vemos la severidad con que era castigado quien no se sometía de buen grado a la ley comunista:

"1.—Un varón llamado Ananías, que te-nía una mujer llamada Safira, vendió un campo.

2.—Y con fraude usó cierta parte del precio del campo, consintiéndolo su mu-jer; y llevando una parte la puso a los pies de los apóstoles.

3.—Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué tentó Satanás tu corazón para que mintie-ses al Espíritu Santo y reservases parte del precio del campo?

4.—¿Por ventura no eres libre de seguir poseyéndolo, y aun después de vendido no era tuyo el precio? ¿Cómo te propusiste en tu corazón hacer tal? Sabe que no men-tiste a los hombres, sino a Dios.

5.—Pero Ananías, al oír estas palabras, cayó y expiró. Y sintieron gran temor cuantos esto oyeron.

6.—Y levantándose unos mancebos lo retiraron y sacándolo fuera lo enterraron.

7.—Y pasado casi el espacio de tres ho-ras entró también su mujer, ignorando lo que había pasado.

8.—Y Pedro le dijo: Dime, mujer, si vendiste por tanto le heredad. Y ella dijo: Sí, por tanto.

9.—Pedro entonces le dijo: ¿Por qué, sin duda, os habéis concertado para tentar el Espíritu del Señor? Ahí tiene en la